

*Ana María Grandoso*

**Vamos al baile y verás**

*Vamos al baile y verás qué bonito cómo se bailan las danzas modernas*

Corrido mexicano

*A la familia Casas*

*A mi compañero y a mis hijos*

I

Jardines salvajes

## Flamenco

Hay una mujer que espera. No se resigna a morir. Es tan dura como la piedra contenida en su apellido.

Las empleadas del asilo la trasladan en silla de ruedas hasta el comedor y le sirven una papilla salada o dulce, según la hora del día. Esta hecha piel, huesos y arrugas.

Las encías ya no sostienen dientes. La boca, aspirada hacia adentro. Su cuerpo empequeñece, se repliega.

Pero ella vive en una ensoñación; el pasado la distrae, imágenes tras imágenes que se dan de comer en la mano.

La acuestan, la levantan, la bañan, la visten. El futuro es un escamparse de nubes que se deshacen hacia el azul.

De cuando en cuando, como ella solía decir, recibe visita de una casi familiar, casi hija.

Entonces, hace alguna pregunta, mezcla los vivos con los muertos, a los adultos los llama como niños.

Algunos que se impresionan por su obsesión de seguir con vida, de cuando en cuando, le envían saludos. ¿Quién es fulana? Responde desde el big-bang en que se aleja. Hay una mujer, a quien cuidó de niña que está en deuda con ella. Esta mujer, a veces piensa: un día de éstos vendrá la noticia del asilo “ha muerto”. Pero

tal vez no muere porque no han podido ir a verla. Sin embargo, los años pasan, pasan y no muere.

Ya no sujeta su pelo duro con la redecilla hecha de hilos invisibles, que solo conseguía en las tiendas de ropa para danzas.

Sus manos, en los últimos diez años se han vuelto delicadas de tanto no hacer nada.

Pasó su vida útil, hasta los noventa fregando la casa y la ropa de otros, cocinando y tejiendo para huincas y robando. Robó gustos, manías, prejuicios, moral, estilo, afectos.

Con el paso del tiempo tuvo presencia, prestigio, poder, en un mundo de amas de casa, a su manera. No tomó dinero ni objetos.

Y desde hace unos años, reza e invoca en secreto al santito que tiene su apellido y de quien antes decía: ¿a ése, quién lo conoce? En el asilo la llevan a misa.

La mujer en deuda la imagina soñando con un caballo que le regaló su padre.

Bajo la loma se tiende la salina rosada por la luz del atardecer color ¡flamenco! diría en mapuche. Sueña que llega a la salina, se baja del caballo, dádiva de un centenar de caballos, trueque. En el sueño saluda a todos los familiares en su lengua, la misma que ignoró, olvidó, esforzándose en no pronunciar una palabra.

A lo largo de su vida tres generaciones de niños, los hijos, los nietos y bisnietos de la familia donde sirvió, en alguna noche o siesta obligada, le hicieron preguntas, curiosidad de chicos.

Encontraron una salina engeguecedora, orgullosa y muda.

Se llama Clarisa Namuncura. Una de esas niñas, ahora mujer, la nombra, empieza a pagar la deuda.

## Compañeras

Está sentada en la silla baja, asiento de paja y almohadón. Teje al crochet con un hilo blanco, muy fino, puntillas a unos pañuelitos que ya nadie usa. Ella los regala a personas que aprecia. Los guarda en una caja forrada entre bolsitas con lavanda.

“La señora me enseñó a hacer este trabajo, es una tarea delicada.”

“Yo antes no sabía hacer estas puntillas tan finas, me enseñó muchas cosas”.

“Nunca le falté el respeto. Porque era buena conmigo...”, repite cuando se le da la oportunidad.

No tiene partida de nacimiento y no habla de ese tema, además es analfabeta.

Su amada señora y el esposo no le enseñaron a leer y escribir. Hubiera aprendido rápido.

Cuenta que había llegado de la mano de Elia a la casa grande con dos patios internos y una quinta, que la señora Paz tenía seis hijos. Que era rubia, de ojos celestes, siempre arreglada, de treinta años. Era el año 1929. Ella entró al zaguán de la casona, asustada. De la misma edad que la señora o algo más, no se sabe. Había nacido en una toltería a fines del 1800 en algún lugar de la Provincia de Buenos Aires o del Territorio del Río Negro. Tal vez fuera hija del último cacique de la dinastía de los Piedra con una de sus últimas mujeres. Nunca se pudo probar. —¿De qué tenés miedo?— le había dicho la italiana Elia que trabajaba en la casa lavando y planchando la ropa de todos— Yo hablaré con doña Paz, para que te

tome, esperame acá.

La lavandera había preparado su relato para conmover a la señora, para que su recomendada consiguiera trabajo. La historia era fiel a la verdad.

Clarisa había tenido una vida muy dura y no podía, por el amor de Dios, dijo Elia, volver a la casa de la familia donde había servido hasta hacía quince días atrás.

Esa familia, de prosapia, era la culpable de que Clarisa terminara en el hospital.

Hoy le habían dado el alta y no tenía adónde ir.

—¿Qué es lo que le hicieron y cuál es el apellido de esa familia?—preguntó doña Paz.

— El apellido es Levalle—dijo Elia.

Clarisa no quiere recordar ni repetir lo sucedido porque le hace mucho daño. En esa casa de Levalle había hecho varios trabajos: hachar leña, encender el fuego, baldear pisos, encerar de rodillas, lavar.

El maltrato de palabra era costumbre. India sucia, negra de mierda, analfabeta, pero cuando se equivocaba o se olvidaba de algo...

Una vez había olvidado vaciar el orinal que se guardaba debajo de la cama. La patrona le colgó el orinal al cuello con una cuerda y la obligó a mantenerlo todo el día, que fue el más humillante de su vida.

Otra vez, había olvidado un encargo del señorito.

Clarisa había sido operada de apendicitis hacía unos días y el jovencito le dio unas patadas que le abrieron la herida. Estuvo internada dos semanas y su caso fue el comentario del hospital.

—Hágala pasar—le dijo doña Paz a la lavandera.

Clarisa temblaba de los nervios que le causaba enfrentarse a ese examen. Quería



agradar a esta señora pero su color, su raza, su ignorancia...no sabía manejar el dinero, no sabía la hora... ¿la perjudicarían también en esta casa?

El 9 de julio de ese año 1929, mientras la banda tocaba una marcha italiana, las señoras de los notables de la ciudad de Bahía Blanca se reunían en el salón de la municipalidad alrededor de un chocolate con churros.

Una mujer, con estola de zorros, zapatos de raso con hebilla y sombrero a la moda, se acercó a doña Paz.

—Me contaron que en su casa sirve una india mal arriada. Tenga cuidado, señora.

Le da por las brujerías y los trabajos de magia mapuche.

Doña Paz la miró sorprendida. Fueron segundos. Rápido se encendieron sus ojos celestes, que relampaguearon de furia contenida y le dijo:

—No ponga cuidado. Siempre llevo conmigo una pata de conejo, un escapulario y una bolsita de alcanfor, cerca del corazón, para ahuyentar personas de mala sombra.

Dicho esto, le dio la espalda.

## **Diario**

Día miércoles 6 de julio de 1930.

*Ya está anocheciendo. Se disipó el olor a tostadas de la merienda bulliciosa de los varones. Esta mañana, en clase, cuando terminé primera el ejercicio de matemáticas, un compañero me miró fijo. No quería que me pasara, pero igual me puse colorada.*

*Es complicado tener quince años. Como dice mi tía, en cualquier descuido todo se va para los lados y llega hasta el borde.*

*Este hermoso diario él me lo regaló para mi cumpleaños. Tiene tapas de cuero de carpincho, lengüeta para cerrarlo y está cosido con tientos en los bordes. Las hojas con una viñeta impresa, distinta para cada página. Me parece que no sabré escribir para estar a su altura pero un diario es ante todo una descarga.*

*También me regaló dos libros de poesías, uno de Almafuerte, otro de Federico García Lorca.*

*Mis hermanas miraron con envidia el diario de tapas de cuero y las poesías.*

*Si lo encuentra la más chica, lo guarda para ella. Espero a que se duerma para sacarlo del escondite.*

*Si lo descubre mi hermano, Lidio, lo lee en voz alta para toda la familia. Él, que quiere ser locutor y periodista.*

*Y si llega a manos del anteúltimo, me pide plata para devolvérmelo.*

*Es de noche, hace frío, y ya está visto que hoy tampoco vendrá. Tal vez mañana...*

*Espero que durante la cena ninguno de mis hermanos pregunte por qué no viene. No soporto esta pregunta delante de mamá. Cuando esto pasa la miro a ella, no sé qué contestar y los chicos se van a dormir sueños de incertidumbre o de rupturas amorosas.*

En el pasillo ancho con ventanas de vidrios de colores, suena el teléfono atornillado a la pared.

La madre atiende y dice que su esposo no está, que pueden encontrarlo en su estudio. Y piensa que, aparte del estudio, el esposo tiene dos trabajos más.

Día jueves 7 de julio

*Hoy empiezo con recuerdos imborrables.*

*Un día papá se encontró con la lavandera de casa con un atado enorme de ropa.*

*Justamente él llegaba en coche de alquiler. Se ofreció a llevarla y de paso conocer la quinta que trabajaba toda la familia y tomarse un vino con el esposo.*

*Mientras la lavandera acomodaba el atado de ropa, él me dijo por lo bajo: quiero que veas cómo viven los pobres.*

*No tenían agua corriente ni luz eléctrica. Sí tenían una bomba para el agua, un aljibe y una tina donde Elia lavaba y lavaba.*

*Mamá había preparado una valija con ropa y zapatos para darles. Papá hizo que el chofer fuera quien bajara la valija y la dejara en un rincón debajo del parral.*

*Papá recorría la huerta con el marido de Elia, un italiano bajito y con boina, le pedía explicaciones sobre el cultivo de cada una de las verduras que íbamos viendo.*

*Estaba muy entusiasmado con los ajíes, tomates, melones, zapallos, alcauciles, etc.*

*Se hizo mediodía y ambos se sentaron bajo un parral a tomar vino casero. Nos quedamos a almorzar.*

*En esos días había escuchado que papá hacía gestiones para que el italiano entrara como empleado municipal para hacer zanjas y trabajos de calle.*

*Los italianitos me vieron tan aburrida que me invitaron a jugar. Jugamos al huevo podrido y a la escondida. Los chicos pobres juegan casi a las mismas cosas que los no tan pobres pero...comen pobre, no tienen zapatos nuevos ni libros y los hacen abandonar la escuela para ir a trabajar.*

*Papá invitó a toda la familia a comer para el domingo siguiente. (Fin del recuerdo imborrable, volvemos al presente).*

*Me doy cuenta de que mi madre no querría preguntarme por él pero es más fuerte y lo hace.*

*Yo no sé qué debo hacer, pienso que no debería contarle, pero le cuento. Sólo a ella. Ni una palabra a mis hermanos y hermanas.*

*Hoy lo vi, en el hall del Colegio Nacional. Pasó como un ventarrón. Me vio parada al lado de la oficina de los celadores, pero se bajó el ala del sombrero y huyó...Huyó de mí. ¡Qué vergüenza! La celadora más arpía registró todo.*

*Mamá termina de lavarse las manos sucias con harina por los scones. Esta tarde toma el té con sus amigas. Y nada dice.*

*Se coloca el anillo enorme de aguamarina, regalo de papá, y que ella utiliza para*

*hundir en la cabeza de sus hijos en vez de una cachetada. Descarga toda su ira contenida sobre las cabezas de sus hijos. A mí ya no me lo hace. Sólo tiene veinte años más que yo.*

Día viernes 8 de julio.

*Recuerdo imborrable. Un día papá dijo que debía viajar a Buenos Aires y decidió llevarnos a mi hermano, el segundo y a mí, la mayor. Yo tendría unos trece y mi hermano once.*

*De ese viaje en tren ha quedado en mi memoria la visita al departamento de la tía Delia*

*Cuando mamá escuchó esta propuesta, dijo que primero tendría que salir de compras para vestirse y vestirnos antes de ir a la casa de su cuñada.*

*Esto me sorprendió, porque ropa teníamos. Pero ya había aprendido que hay cosas que no se preguntan.*

*Al día siguiente llegamos al departamento y comprendí. Era un piso muy amplio en el centro. Nos atendió un mayordomo que nos condujo a una sala donde estaba la tía.*

*Me saludó acariciando mi mentón, alabando mis ojos, mi boca, mi nariz. También quedó impactada por la cara y la elegancia de mamá.*

*—Amor —dijo papá.*

*—Nombre de anarquistas —replicó ella—, pero es original, muy original.*

*Nos sirvió el té en esa sala, no en el comedor. El mayordomo con guantes blancos.*

*Un servicio con toda la vajilla de plata menos las tazas que eran de porcelana. Me*

*sentí observada e incómoda.*

*Cuando salimos del piso, lo primero que pregunté fue “¿quiénes son los anarquistas?” La explicación casi no la recuerdo pero me quedó la sensación de que papá admiraba algunas cosas de los anarquistas. (Fin del recuerdo, vuelvo a la actualidad).*

*Hoy faltó el profesor de Educación Cívica que es un viejo al que le gusta leernos las últimas noticias de la situación en España.*

*Nos dijeron que vendría a reemplazarlo él. Yo me puse nerviosa pero el celador no se dio cuenta.*

*Pensé, ¿y ahora cómo se las va a arreglar? ¿Habrá comprendido que viene a mi aula?*

*Al rato volvió el celador y dijo: “Hora libre. El profesor reemplazante tuvo un imprevisto y se retiró”. Y ahí sí me miró a mí como diciéndome: “Vos sabrás”.*

*¿Qué hago? ¿Le cuento a mamá? No quiero aumentar su ira que después la siente toda la familia, pero...si me pregunta, es mi madre.*

*Ya pasaron cuatro días que no aparece por casa y mis hermanos y hermanas, como si supieran que no es tema para hablar, no preguntan. Se los agradezco.*

*Aunque la cena transcurrió entre codazos y patadas por debajo de la mesa.*

*Mamá, de a ratos ausente, lanzaba un golpe de anillo sobre alguna cabeza.*

*Los chicos comen antes. Yo tengo permiso para cenar con mis padres. Pero hoy mamá se fue a dormir sin cenar. Terminé comiendo en la cocina bajo la mirada atenta de Clarisa que todo lo ve, lo oye, y se lo guarda.*

*Mañana voy a ir a buscarlo adonde esté. Y le cantaré las cuarenta. Todo lo que*

*vengo juntando.*

Día sábado 9 de julio.

*Me levanté temprano. Desayuné sola. Los chicos estaban levantándose. Había corridas en camión por los dormitorios porque nadie quería ser el primero en bañarse. Mamá a los gritos con mi hermano de dos años, quien también corría con los pañales desatados.*

*Nadie advirtió que me iba, salvo Clarisa a quien nada se le escapa.*

*Saqué la bicicleta. Los pequeños charcos sobre la calle de tierra estaban congelados.*

*Me calcé los guantes, me puse la bufanda, el gorro.*

*“Te sientan muy bien los sombreros con esa cara de camafeo”, me había dicho el tío Carlos.*

*Llegué al lugar donde sabía que estaba desde el lunes pasado, aunque cueste creelo, jugando al póker cada noche. Por supuesto por plata, bastante.*

*Empujé la puerta giratoria y entré al hall del Club Social Argentino.*

*Lo primero que vi fue el perchero donde distinguí el sobretodo, el poncho de vicuña marrón y el sombrero negro.*

*Se me acercó un mozo, a quien le pregunté:*

*—¿Se encuentra el doctor Casas?*

*—No, no está —me dijo mintiendo, y desapareció hacia el restaurante*

*Me quedé en el hall mirando las fotos de los personajes importantes que habían visitado el club.*

*Pasaron unos minutos y apareció. Al verme se le iluminó la cara y me dijo: “Ha venido la niña de mis ojos”. Me abrazó, me besó en la mejilla.*

*Sentí una tenaza en la garganta. Lágrimas retenidas por imanes en los ojos. Toda la furia se derritió ante este recibimiento. No dije nada, no pude.*

*Y, como siempre, me recitó:*

*“Sus ojos en las umbrías  
se empañan de inmensa noche  
en los recodos del aire  
cruje la aurora salobre”.*

*Tomó el sobretodo, el poncho, el sombrero. Salimos.*

*—¿Me acompañas al estudio?*

*—No, hoy es sábado. Vamos a casa. Mamá y tus siete hijos te esperan.*



Mariano Mur

Parrhesia- Publicación anarquista de Bahía Blanca

No olvides a los presos

Mariano Mur

Alejandro Romano Scarfó

Manuel Gomez Oliver

Pedro Mannina

Simplicio de la Fuente

Mariano Mur

Preso en la cárcel local, acusado de haber dado muerte al prepotente ingeniero de la compañía constructora de elevadores, Eric Stranger, el 26 de diciembre de 1929, en Ingeniero White.

Fue condenado en febrero del año pasado, en juicio oral, a 18 años de prisión.

Viciado de nulidad el juicio oral se ha apelado contra el fallo.

Atiende a este compañero, el comité pro-presos y deportados de la FORA local, que reiniciará en breve la campaña de agitación por la libertad de Mur, con quien el proletariado tiene contraída una deuda de solidaridad.

El tío contaba la anécdota como se cuenta una travesura de niño. Ese hecho fuera de lo común pero intrascendente por lo aislado, ese comentario para agregar algo en una charla. El protagonista era el padre de este tío y lo que la nieta recuerda es aquello que hacía resaltar en el relato: unos muñecos y una vincha que simulaba estar manchada con sangre en un juicio oral para defender al acusado, y que el abogado había hecho con sus manos, decía. Mejor sería imaginar que pidió a las mujeres de la casa, a su esposa que le hiciera unos muñecos de trapo y una vincha, que él marcó con lacre para simular el orificio de bala y que se colocó en su cabeza durante el alegato.

Cuando el tío tenía noventa años ella le preguntó sobre el pasado en general con la intención de que contara algo más conectando con otros hechos de la vida de su padre, por ejemplo el porqué de las mudanzas, pero no dio resultado. Recordó el juicio, rescatándolo como importante y volvió a lo mismo.

Como él tenía solo diez años, es casi seguro que nunca tuvo la oportunidad de leer el alegato o un extracto pero sí lo hizo la nieta ochenta años después. Al investigar e investigar lo encontró en el diario “La Nueva Provincia” de Bahía Blanca, del 21 de febrero de 1931.

Un ingeniero, Eric Stranger, a cargo de la construcción de los elevadores de granos, cuando transitaba por la zona de obras recibe disparos y luego de dos días, fallece. Antes hubo otros incidentes ya que los obreros estaban en huelga.

El único acusado fue Mariano Mur a quien en el juicio oral se tildó de peligroso por sus ideas anarquistas. La acusación fiscal pidió prisión perpetua.

El abogado defensor fue Cornelio Casas quien pensaba que toda la investigación estaba llena de intención para echarle la culpa a Mur, por eso puso saber, imaginación y creatividad para defenderlo.

Un subteniente de la guardia de Seguridad dijo que vio al Ing. Stranger que empuñaba dos revólveres y hacía fuego desde el suelo.

Otro testigo lo oyó decir: “Yo voy a matar a muchos” en el momento en que caía del automóvil.

Juan Rosokovsky, miembro del comité de huelga de la empresa Cristian y Nielsen donde se desempeñaba Stranger, dijo: “Trataba a los obreros en forma muy despiadada, siendo de instintos malos”.

Así argumentaba Cornelio Casas en la exposición reproducida por el diario: “Se ha dicho que mi defendido es anarquista pero no se ha probado.

Yo también soy anarquista y ello no me ha perjudicado en mi carrera ni en mi conciencia, la que se encuentra limpia como mi moral de la que puede certificar el vecindario de Bahía Blanca a través de larga actuación en ella.

¿Acaso no han sido anarquistas viejos y respetados profesores?

Cuando era estudiante, tuve maestros anarquistas, grandes cerebros, yo seguí sus ideas y cuando Malatesta pregonó sus ideas sobre el anarquismo, también asistí a sus clases. Y como estos, ¿no lo fueron acaso Lugones, Ingenieros? Considero que el anarquismo no es delito”.

La nieta se pregunta: ¿era necesario hacer esta declaración para defender a un acusado? Y se responde: no. Habría algo más que nunca conocerá, sus relaciones con otros anarquistas, sindicalistas, ¿su actividad política?

Dijo que su defendido había sido provocado por el Ing Stranger quien iba bebido e

insultó a Mur.

El diario cuenta una anécdota muy similar a la del tío: Después sacó dos muñecos y demostró cómo hasta los mismos informes médicos se contradecían al indicar el recorrido de las balas. También sacó una venda que colocó en su cabeza, con un punto rojo hecho con lacre, para que vieran desde qué lado había disparado el autor del homicidio y no como afirmaba la acusación.

“Y no se ignora, además, que ese mismo negrero, porque no está probado que haya sido ingeniero...” se burlaba. El tribunal, en este punto, le llamó la atención.

Y siguió diciendo que la empresa constructora tenía a los obreros, cuando se declararon en huelga, en situación de hambre.

“En lo sentimental no se estudiaron los antecedentes de mi defendido. No se sabe si es un hijo cariñoso, si su vida ha sido ejemplar o no. Nada de esto se tuvo en cuenta. Solo se vio en él a un individuo peligroso.”

Terminó su exposición solicitando para su defendido la absolución.

EL tribunal lo condenó.

Ella comprobó, al leer este alegato, que su abuelo sí tenía una ideología y la practicaba como podía desde su profesión y no esa nube que se percibía arriba de las cabezas de los hijos que no pudieron o no supieron—aunque sea un poco— estar orgullosos de su padre. Orgullosos como habrían estado si su padre, verdulero o albañil, con su trabajo de sol a sol, les hubiera pagado estudios universitarios, algo que precisamente este padre no hizo aunque defendió obreros explotados y acusados injustamente.

Encontrar este escrito fue alivianar, hacer que floten a su alrededor los pesados objetos como una invisible Alicia en el país de las maravillas.

Las ideas sueltas se pierden en asociaciones tontas y locas, a veces repetidas. Esas son las que dicen algo. Y viene el deseo de saber más, deseo frustrante. No recuerda aquello que olvidó. No ve aquello que tiene ante sus ojos. Es la manera más vulgar para soportar la existencia. Una cabeza con algodones húmedos y quietos.

El aire atrapado en suspiros cortos entre los pulmones y el esternón que sube y baja. El aire en la insatisfacción, en el desconcierto de pensar que ha llegado tarde. Que este fragmento del alegato-declaración le sirve para saber cuánto ignora. Ella imagina y ve en la danza de objetos que no están una carpeta de cartulina atada con una cinta con el alegato completo pasado a máquina en el momento en que lo tiran a la basura, junto con muchos otros papeles, en el medio de una de las mudanzas.

De las pertenencias que quedaron el nieto mayor se llevó las que tenían algún valor, porque creía que era su derecho y las tuvo durante muchos años. Entre estas el diploma de abogado de 1904. Hasta que hace poco tiempo, en un cumpleaños, se lo trajo de regalo a ella para quien los objetos pesan su peso específico en recuerdos que empujan pero no salen a la luz.

Entonces, lo que pasa es que la persona que los tiene no puede tirarlos ni tampoco puede hacerlos hablar.

## Un detalle

Un día, mira una y otra vez las fotos del casamiento de su madre, que era la menor de las hermanas. Están todos los que deben posar menos el padre de la novia.

Recuerda las imágenes perfectamente sin tenerlas a la vista.

En una se ve que no es una iglesia sino el interior de una casa. Además, sabe esto porque es uno de los fragmentos que decía la novia, como descoloridas estampas en la pared de una vieja pensión. Un fragmento tantas veces repetido: “el altar lo preparó mi suegra”.

En la foto se ve una puerta importante llena de molduras, cubierta con una tela negra como fondo, de la mitad para abajo, algo blanco, el altar, sobre el cual hay catorce velas en sus candelabros de bronce y otros cuatro candelabros mucho más altos. Dos, salen de cuadro. En el centro, un crucifijo.

Destacados sobre fondo negro, sólo los novios; los demás resaltan sobre el gris claro de la pared.

Se adivina el armado del altar en la casa, para la ceremonia y para la foto. Era costumbre, cuando la familia estaba de luto o algún otro hecho no tan desgraciado, casarse con un altar en la casa.

“Mi suegra pertenecía a las Damas Vicentinas y regenteaba un comedor escolar”.

La hija escuchó y pensó: beneficencia, caridad y relaciones sociales.

Otra nota en esta boda a domicilio es que la novia debió bautizarse antes. ¿Unos días antes?, nunca se lo preguntó a su madre. No había necesitado el bautismo hasta tropezar con este otro sacramento. Y así lo hizo, obediente.

Los candelabros y el crucifijo, sacados de su habitáculo sagrado de rituales, los floreros y sus claveles y el cura invisible son convidados de piedra, no perciben el torrente en la venas, única razón de los jóvenes enamorados.

De izquierda a derecha: el padre del novio de traje claro, bigote y pelo entrecano, lacio y bien peinado no mira hacia el frente; a su lado, una mujer de mediana edad mira, resuelta, al fotógrafo. Lleva puesto un tapado de piel oscuro y un importante sombrero con forma de plato sobre un lado de la cabeza. Es la madre de la novia. Algo desentona en el conjunto, ese sombrero que sobresale y desvía un poco de los protagonistas.

En el centro, la novia. Nada de largo, ni cola, ni tocado, ni tules. Tiene un vestido lánguido, casi insulso, de un color indefinible en la foto blanco y negro, tal vez, rosa pálido, un ramo de flores—¿de tela?— entre las manos unidas, que sostiene a la altura de su estómago. Parece asida al ramo, da una impresión de fragilidad, de falta de decisión, de desamparo. Su cabeza está ligeramente inclinada hacia un lado, hacia su madre, como suplicando, o disculpándose. Hay algo opaco, apagado en ella, en sus ojos.

Compartiendo el centro, el novio de traje negro trasunta más presencia.

En el lugar del padre de ella, la abuela de él, una mujer pequeña, cabello recogido en un rodete bajo, vestida de negro hasta los pies, al estilo de las inmigrantes.

Si hubiera estado el padre de la novia, está segura de que la compostura y etiqueta del traje negro se malograría con el poncho marrón de vicuña.

Por último, una mujer con aire de matrona, cara redonda, vestida de oscuro, de mirada dura, es la madre del novio. La foto que acostumbra hacer el fotógrafo se completa con normalidad.

Posar para un fotógrafo profesional que exhibía las fotos sociales en la vidriera y que reproducía el periódico era también posar para la mirada, el comentario detrás de visillos, persianas entreabiertas que no dejaban ver los ojos de los que no estaban en la lista de invitados. Aunque todos sabrían responder a la pregunta: ¿por qué no está el padre de la novia en la fotografía?

Mirando las fotos piensa: es esta clase, en el medio, que obedece pero transgrede. Se allana pero no puede impedir que un detalle, perturbador para quien observa, se le escape. Se desvive por la imagen, ultima hasta los recursos menores, monta la escenografía y mira, directo, al flash del fotógrafo.

Es la forma en que las mentiras pueden decir la verdad.

Recordó que las dos hermanas, mayores, se habían casado unos pocos años antes, bajo otro cielo, despejado.

La novia también le había dicho, en otra de sus desvaídas estampas, que su hermana, la segunda, le había aconsejado que dejara pasar el tiempo, que postergara la ceremonia, que lo ocurrido con el padre era, todavía, reciente. Pero la novia estaba enamorada.



## Camelias

Las camelias blancas florecen para no ser vistas. En el invierno se multiplican cuando casi no las veo porque hace un frío de hielo.

No muestran su blancura de pétalos superpuestos que descansa sobre hojas lustrosas verde oscuro. Ni sirven para el florero porque carecen de tallo, nacen casi pegadas al tronco principal, vueltas hacia abajo, avergonzadas.

Tal vez cuando el pequeño arbusto crezca, se vuelva árbol, sea otra cosa, pero tendrá que pasar el tiempo.

Me gustan tanto las camelias verdaderas como me disgustan las de tela con las que algunas adornan sus escotes o su pelo. Y sostengo que tienen una insoportable condición, florecen escondidas como mujeres con shador por una imposición de la naturaleza botánica.

El comportamiento de las camelias es una obsesión pasajera.

En verdad lo que lamento de la vida, con su punto final, es perderme los atardeceres, el silencio que viene.

## No solo ser sino parecer

La hija menor de la familia Casas, una señora joven, abrió la puerta de calle con una expresión de sorpresa y fastidio en su boca.

—No me esperaba—le dijo el fotógrafo disculpándose.

—No—respondió ella y agregó— La nena es un bebé, está durmiendo y la mayor...tengo que llamarla, está jugando. No están vestidas para la foto.

—Señora, como le dije por teléfono, no voy a domicilio por una foto, hago cumpleaños, casamientos. Con usted estoy haciendo una excepción— y sacó la máquina de un bolso.

Ella se fue de la habitación que había acondicionado para que se pareciera a un lugar de estar. Ese día quería enviar una foto de su hija menor a sus padres que por esos años vivían en Bariloche. Cuando reapareció, la acompañaban una nena de seis años y otra de ocho meses en brazos, a quien sentó en un sofá.

Entretanto, el fotógrafo ya estaba en el patio buscando un lugar con buena luz.

—Aquí, señora, traiga una silla para sentar al bebé—dijo.

La mujer, aunque forzada por la circunstancia, hizo lo indicado, llevó a sus hijas, una silla y algo blanco en una mano.

Luego del click, el fotógrafo dijo:

—Pase a buscar la foto pasado mañana.

Con el revelado apareció el antebrazo de la madre de las nenas que sostiene una tela en un intento de ¡tapar! una puerta. Pero la puerta se ve más que si no se intentara ocultarla con esa manta con borde al crochet.

¿Cómo es posible que con la intención de tapar algo se logre lo contrario? ¿Cómo se produce ese fallido visual? ¿Cómo se puede interpretar, muchos años después, el sentimiento más íntimo, aunque no secreto, de esta joven madre? ¿Y sino hubiera decidido hacer esta foto, única de ese día tan igual a los demás días?

Y sí, otras cosas de la casa no le gustaban, además de la puerta. Cuando la mayor de sus hijas cumplió cinco, prefirió festejarlo en lo de su suegra, donde se había casado. Ella también le prestaba la casa vieja y fea en la que vivían. Organizó una fiesta parecida a una revancha. Había todo lo que tenía un buen cumpleaños de los años 50 pero lo que criticaron su suegra y sus cuñadas fueron los sandwiches primavera con ¡jamón crudo!, cuando ya era suficiente con chocolate, masitas y torta.

Una sonrisa, una pequeña humillación y un regalo. Así transcurría la relación con su familia política.

Eran tiempos difíciles, había sido despedida de su trabajo de maestra hacía dos años.

Por eso, y con una audacia que a veces la conducía a cosas desafiantes, se le ocurrió dar clases de declamación. Convocó a los amigos para que enviaran a sus hijas e hijos y así se ganaba unos pesos.

Esta actividad un tanto excéntrica de la madre hizo que la hija mayor aprendiera de memoria un poema:

Toda vestida de blanco

almidonada y compuesta,

en la puerta de su casa

estaba la niña negra.

Las otras niñas del barrio

juegan en la vereda

las otras niñas del barrio

no quieren jugar con ella.

Ya adulta, la hija rememoró esta poesía que escuchaba decir y repetir en esas clases, y que, sin querer, había quedado alojada en su cabeza para siempre. Una curva se dibujó en el voluntario camino paralelo que la había llevado a vivir, durante años, diferenciada de su madre. Una curva que vuelve y comprende. Antes una ternura llenaba su estómago de tristeza por la niña negra y ahora por su madre que quería no solo ser sino parecer como tantas veces le había dicho con el tono de una sentencia.

## Juguete antiguo

No me acuerdo quién me la regaló. Mi madre decía que servía como plancha de viaje para llevar en la valija. Tiene impresas unas letras que dicen Tesoro y es de verdad, se calienta con corriente eléctrica aunque hoy no tiene cable. Vista de perfil parece un barquito a vela que navega con un viento sostenido.

Jugué con la planchita y la ropa de muñecas muchas horas.

Mi abuela Paz y Clarisa les hacían ropa y las ponían en una repisa alta. Ellas cuidaban mis juguetes de todos los chicos, incluso de mí.

Cuando tenía 6 años, nació mi hermana. Al llegar a los 8 y ella a los 2, mis muñecas dejaron la repisa alta de la casa de mi abuela. Pedí que se mudaran a la mía.

Las muñecas comenzaron a enfermar: ojos hundidos, brazos rotos. El pelo de Estrella, la muñeca pelirroja que caminaba, fue lavado varias veces, parecía estopa.

No podía evitar que cayeran en las manos de esa nena. Nunca debieron bajar de la repisa alta.

Pasaron muchos años y no vi más la plancha, como tantas otras cosas. Hasta que un día, hace unos pocos, mi hermana me dijo: tengo tu planchita, y me la devolvió.

## Leru leru

En la escuela del pueblo que está frente a la plaza, la maestra de segundo grado hizo formar a sus alumnos luego del recreo.

Dentro del aula, esperaba, mirando a los niños uno a uno, hasta que se acallaron los ruidos de los que arrastraban los zapatos, pateaban suavemente los bancos de madera. Desaparecieron las risitas y los murmullos. La maestra habló como una actriz sobreactuada.

“Niños: Hoy conmemoramos algo trascendente. Cuando ustedes estaban en primer grado, moría una mujer muy joven, una mujer valiente, íntegra, que amó a los niños e hizo mucho por ellos.”

Se dio vuelta y mostró un retrato sostenido por unas chinchas en el pizarrón.

Haciendo un esfuerzo, tomando aire, la nombró y dijo:

—Dado que hoy se cumplen dos años de su desaparición, es nuestro deber rezar por la señora; despacio, en silencio, saldrán al patio a formar fila. Había un tono desencajado en la voz y un leve temblor en las manos de la maestra. Iremos a la municipalidad donde está la capilla ardiente.

Se encaminaron hacia el edificio, a pocos metros de la escuela. Un viento helado que venía del río les cortó las mejillas. Subieron las escalinatas.

En el hall había una figura, tallada en piedra, que representaba a la señora muerta, y coronas de flores.

La maestra juntó sus manos, musitó, con una voz chata y descolorida: “Santa

María, madre de Dios, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...”

La niña de ojos oscuros tocó el brazo de su amiga y le dijo:

—Nosotras no vamos a rezar. Vamos a decir leru, leru.

Su amiga repitió con ella leru, leru sacando la lengua en cada palabra, todo el tiempo que duraron los avemarías, no se sabe cuántos, que rezó la maestra.

Mientras lo hacían se miraban y sonreían, satisfechas.

La niña salió de allí conmocionada. Sintió que había hecho algo importante. Se había puesto en riesgo. Había desobedecido.

Recuerda haberlo contado en su casa, que no la retaron, que se rieron de la ocurrencia y que la maestra tampoco la había retado. Parecía que la desobediencia contaba con la aprobación de unos cuantos.

Años después conoció algunos datos.

Se enteró de que su tío, profesor del colegio secundario, el padre de su amiga y otros parientes se reunían y hablaban de política en contra del gobierno nacional cuyo presidente era el esposo de la mujer que había muerto en 1952. Ese año todos ellos fueron dejados cesantes en sus empleos como docentes y bancarios, simplemente por hablar y por ser parientes del único que sí actuaba en política, el profesor.

Su abuela paterna siempre decía: “Hay que tener cuidado de lo que se habla delante de los niños.” Pero su padre, hijo de su abuela no tuvo ese cuidado. Era otro tiempo y otra generación.

## El interrogatorio

Un domingo a la mañana Paz y Clarisa terminaban de cocinar el almuerzo cuando llegó el invitado. Cornelio Casas siempre tenía invitados.

El que se presentó ese mediodía fue el señor cura que solía jugar al poker en el Club Social de Patagones con el dueño de casa. Vino más temprano de lo esperado, una hora antes, y fue recibido por doña Paz.

Monteverde, que así se llamaba, le dijo que en nombre de la Congregación Salesiana quería hacerle unas preguntas a Clarisa aprovechando que don Cornelio estaba en el club tomando un aperitivo porque los temas que son de la iglesia no los habla en presencia de su amigo, aunque sí tiene largas charlas sobre asuntos políticos con el doctor, que es ateo, dijo. Y le pidió que la llamara.

Clarisa llegó a la salita con el rostro impenetrable y lo mantuvo así durante el tiempo que permaneció frente a Monteverde. Las únicas palabras que salieron de su boca fueron: “Vine porque me lo pidió la señora”. Monteverde asintió y le dijo que ella cocinaba muy bien, que se notaba lo rápido que aprendía y, además, que era muy fiel a la señora y su familia. A continuación leyó una serie de preguntas sin obtener respuesta de Clarisa, que estaba con la mirada perdida en un horizonte muy dentro suyo.

Usted dice llamarse Clarisa Namuncura. ¿No fue asentada en ningún libro parroquial o registro civil?

¿Recuerda cuándo y dónde nació?



¿Cómo llegó a la familia Casas?

¿Es una de las hijas del cacique Manuel Namuncura?

¿Es hermanastra de Ceferino?

¿Qué recuerdos tiene de su infancia?

Clarisa no dijo una palabra y se fue dejando solo a Monteverde. ¡India de mierda!, bramó el cura.

Jamás en los largos años con la familia Casas, en la que sufrió mudanzas, discriminación y también recibió afecto, soltó una sola información sobre su vida en los toldos, con los suyos. Siempre el silencio. Silencio, aún con las personas que más quería.

Entró en la cocina y continuó con lo que estaba haciendo. Doña Paz quiso saber qué había dicho el cura Monteverde, bastante zorro, y Clarisa dijo por toda respuesta:

—Ceferino santo, ¿y a ése, quien lo conoce?

Cuando Paz fue a la salita, el cura ya no estaba.

## Paz y Clarisa

Había tantas cajas como telas de arañas brillantes conectando células de un cerebro

/apaciguado

y porta-retratos con fotos elegidas enmarcadas en ternura triste

un pasillo con cuadros de almanaque, epopeya del Martín Fierro

carpetas con flores simples, terminadas al crochet

una repisa con las muñecas para no jugar

un tendal de repasadores blancos lavados a puño, desmanchados a sol

un delantal, siempre puesto, para esconder las manos debajo, las manos de piel de

/cartón

un fuego a encender con leña húmeda

una silla, asiento de paja, arrastrada junto a la cama para cebar mate en la

/oscuridad de las siete

un café con leche panymanteca de las ocho

un abrir ventanas, agitar sábanas, mullir almohadones, sacar el polvo, hasta las

/diez

un segundo arrastrar la silla, asiento de paja, mate en la mano, a pleno sol del

/comedor

un ritual liviano y denso como una filigrana.

De mudanza en mudanza, Paz y Clarisa cultivaron un jardín con muchas flores y aromáticas, con ese estilo salvaje, todo mezclado, plantas de diferentes alturas y sin césped. Con los años fue reemplazado por el jardín inglés, difundido por revistas de decoración y películas norteamericanas. Jardines perfectos como cajas de bombones.

También tenían huerta pero en ella intervenía el jefe de la familia y un ayudante.

En los años de ellos era tan natural la huerta.

Las margaritas, crisantemos, rosas y hasta las flores secas del azafrán iban a parar a los floreros como una costumbre, ineludible.

Rituales y rutinas sostenían sus vidas. El mate a las siete que cebaba Clarisa, al pie de la cama de su patrona. Paz, con los ojos cerrados, empezaba a despertarse. Se podría llegar a pensar que Paz no abría los ojos porque su deseo era seguir durmiendo, un poco más pero allí estaba la insistente y fiel Clarisa que, entre mate y mate, silencio y silencio, le hacía comentarios sobre las hijas, los cumpleaños o la comida del domingo. Y entre mate y mate también iban organizando el día: las compras, la peluquería, a la que Paz iba dos veces a la semana, el almuerzo.

A las ocho el desayuno, luego la limpieza. Entre las diez y las once se sentaban a tomar mate, otra vez, Paz con algún tejido. Cuando Paz salía, Clarisa prendía la radio del estado para oír música clásica. Juntas eran fervientes escuchas de novelas y teatro leído.

Cuando ya estaban los tres solos, el Dr. Casas, Paz y Clarisa vivieron en Bariloche, durante los dos gobiernos de Perón. Allí se habían mudado después de algo sucedido en Patagones.

Las dos iban al teatro y al cine. Niní Marshall, Alberto Closas y Analía Gadé, Tita Merello, Lolita Torres, Lola Flores.

La nieta iba a visitarlos en vacaciones escolares, siempre en verano, aunque una vez fue en invierno. Su abuelo le hizo esquíes de madera. Un amigo y vecino le permitió subirse a su trineo y largarse por la calle que antes había sido parte de la ladera del cerro Otto. Un invierno con nieve convertida en barro en las calles de tierra, una tarde helada, fueron a ver una cinta. Como no querían dejar a la nieta con su abuelo, la llevaron con ellas.

En la oscuridad del cine, escuchó un relato horrible, pelea, gritos, golpes. Los adultos lloraban a su lado. Varias veces tiró de la manga de Clarisa para decirle: “vamos”. Fue en vano. Volvieron patinando en la nieve, apuradas por llegar al calor de la casa.

Al acercarse a la entrada, una humareda blanca, con olor a kerosene, se elevaba desde el camino de piedras. Corrieron las mujeres, la nieta detrás.

La casa en su totalidad era de madera, como las chilenas, pero el aviso no había sonado. Ellas sabían que, cuando el incendio era en el pueblo, tiraban una bomba de estruendo, los vecinos corrían con palas en una solidaridad automatizada.

Cuando sucedía en las afueras, dos bombas y en el bosque, tres bombas. Enseguida se oía la sirena de los bomberos, sonido familiar en el Bariloche de 1950.

Siempre que el incendio era en la casa de otros, los tres salían a la calle a comentar con los vecinos.

Pero esta vez en el cantero tapado de nieve, contra las maderas del cerco que hacía de pared medianera, estaba la estufa volcada, que se había incendiado y el abuelo había intentado apagar.

—¡Es inútil, no se te puede dejar solo!

Después comentaron lo bien que habían hecho al no dejar a la nena a su cuidado.

Clarisa había dicho, con esas palabras tan propias: —¡Canejo!, vio que yo le dije

Señora, llevémosla con nosotras.

Para la nieta, la opción había sido la cinta de terror de Tita Merello o el incendio que pudo haber sucedido.

Hacía tanto frío adentro como afuera. La cocina estaba apagada. Seguro que

Clarisa tenía guardada leña seca y en un rato la iba a encender. Seguro.

## Cosmos

*abrázate a tus flores con dolorosa sorpresa;*

*arrójalas al suelo y vuélvete*

*con un fugaz resentimiento en los ojos:*

*pero teje, teje la luz del sol en tu pelo.*

La figlia che piange T.S. Eliot

Me pregunto si tengo que esperar a que termine el día para saber que me ha dado.

El día es el ensamble que pude construir, un castillo de naipes que ignora su fragilidad y fortaleza. Ellas conviven en una mezcla de dolor y contención, se acompañan, que más pueden hacer, como gemelas.

Llenar bolsos con ropa, cajas con cosas de mi hijo me ocupó la mañana.

Es mediodía, estando en la mitad, todavía el ensamble traerá algo entre sus aires: brisa o viento.

El sol me dirige todo el año según su permanencia e intensidad. Cuando sale tarde y se va temprano, paso menos tiempo con las plantas del jardín que hiberna sin sobresaltos hasta la primavera. Pero los cosmos, flores de pocos pétalos, de tallo alto y frágil, apariencia simple, tienen florescencia tardía, todavía están a fin de mayo.

Los movimientos florales que provoca el viento helado con un sol tan pálido causan extrañeza, una contradicción del clima con la vida, algo que no encaja y al mismo tiempo...

Limpian el gran cantero salvaje de cosmos, algunos ya secándose, cada día más inclinados sus tallos, sin flores nuevas. Las semillas se las llevan los cabecitas negras, esos pájaros diminutos, tanto que casi no se ven en las fotos que saco para el álbum del jardín.

Más tarde acompaño la marcha contra la minería con cianuro a cielo abierto. Corte de ruta intermitente. Nos vamos justo cuando la Federal dice que va a llamar al juez.

Regreso a tomar el té. Hace frío.

El día termina. Mi hijo se fue a vivir a la casa hecha con sus manos. Día para anotar en el almanaque.

El río está quieto, en suspenso su pasaje al mar. Atardece con la rutina indiferente de lo inanimado.

## Como un almanaque

Eran tardes de invierno heladas y ventosas. El viento levantaba el polvo de la calle hasta confundirlo con el cielo gris.

Jugábamos en la vereda con mis amigas de enfrente, a pesar del frío. Los chicos no sienten frío, casi nunca.

Salía tu madre o la mía o la abuela y llamaba: “¡ A tomar el té!”. Y siempre había una torta sencilla o scones recién hechos, húmedos.

Nunca investigué de donde viene esto del té con leche, scones y torta a las cinco de la tarde en casa de nuestra abuela. No creo que los vascos tomaran el té. Por eso, algunas veces había chocolate con churros pero sólo en pleno julio.

Esta costumbre del té se repetía en tu casa, con tarta de manzanas y bizcochitos de anís de la panadería de la vuelta.

Me gustaba ir a tu casa y como lo disfrutaría si recordáramos juntas.

Una de las cosas que más me molestaba era cuando tu mamá te hablaba en alemán.

Yo me daba cuenta enseguida de que te retaba por algo que habías dejado tirado o porque era domingo a la tarde y todavía no habías hecho los deberes, como decíamos entonces.

Me sentía tan aislada que me parecía estar estampada en la pared de la cocina como un almanaque. Me intimidaba al punto de no animarme a comer otra medialuna y hasta quería volver a casa en ese instante.



A veces, interrumpía esa reprimenda incomprensible y pedía permiso para llamar por teléfono para que me fueran a buscar.

Tu mamá decía que vos tenías unos problemas de matemáticas sin hacer y que era mejor, que después del té, me fuera.

Vos te ponías roja de vergüenza y de ira. Eras tímida, caprichosa, terca. Cuando no se te daba por hacer una escena, una rabieta, tirando algo porque no querías que me fuera, y menos hacer los deberes de matemáticas.

Muchos domingos a la tarde, no había té. Después del almuerzo—a veces con toda la gran familia, hermanos, hermanas con sus cónyuges e hijos en casa de los abuelos—tus padres nos dejaban en la puerta del cine para la matinée, con una bolsita de papel madera que previamente había preparado tu mamá. También venía tu hermano, a quien sencillamente nos obligaban a llevar.

La función empezaba a las dos y terminaba a las cinco.

Primero venían los dibujos animados de Walt Disney, después un intervalo en que los chicos se peleaban a las trompadas, se tiraban al suelo, zapateaban sobre el piso de madera, y un finísimo polvillo ascendía desde las tablas, vibrando hasta las butacas. Era emocionante estar allí sin la presencia de los adultos que siempre tenían algo para objetar.

Luego pasaban una de cowboys, otro intervalo y después una romántica como “Lili”, “Gigi”, o “Sissi”.

Volver a la realidad, cuando la película me había atrapado, me llenaba de melancolía, estaba ausente, sin ganas de nada, hasta caminar me pesaba.

Permanecía “ensoñada”.

Después del cine no podíamos volver a tu casa. Teníamos orden de ir a jugar a la

plaza de las cuatro manzanas, por lo menos una hora más.

Cuando aparecíamos, un poco temerosos de que fuera muy temprano, ya desde el pasillo que había para llegar a ese departamento interno, oíamos la música clásica, a todo volumen, que salía de tu casa.

¿Cuántos fines de semana habremos pasado juntas? No es para que nos pongamos tristes ni melancólicas que te cuento esto, aunque seguro que si te lo leo, lloramos.

¿Por qué lloraríamos?

Porque el tiempo se fue y a mí me quedan unos pocos, flacos recuerdos, prendidos con unos broches oxidados y siempre los mismos.

¿Te acordás cuando jugábamos a la payana?

Había una eternidad de piedritas, un chasquido.

¿Por qué no tenemos ya tiempo para hacer aquello que más nos gusta?

La última vez que estuvimos juntas fue porque viajaste para ver a tus padres.

Esos tres días de verano, hablamos todo el tiempo corriendo detrás de las horas entre el mar, el río, las fotos y las comidas familiares.

Fuimos a tomar unos tragos a la confitería con nuestro primo mayor.

Nadie se atrevió a decir: “Quedémonos un rato más”.

Faltó ir a saludar a tal primo, la tía ¿quién?

No, el tiempo no alcanza. Tomemos otros mates.

En la terraza, las paredes de la casa, la galería, todas las plantas tomaron el mismo color del atardecer rojo. Ese entorno nos envolvió. Nos quedamos calladas.

## Mi madre

### 1

Hoy me gustaría que viniera Nía, mi madre y que cosiéramos algo. Juntas lo armaríamos, como aquella vez que hicimos esa solera, después usaríamos su máquina.

A las cuatro de la tarde íbamos a la cocina para hacer unos scones salados para el té.

Hoy me gustaría que Nía estuviese aquí, conmigo.

En esta caja hecha de ventanas-vértigo del río, la mirada se estira como gran angular, se puede ir desde más allá de las lanchas hasta el puente nuevo con solo girar la cabeza.

Pero nada es digno de mencionar como no sea la ausencia de Nía, mi madre y los nuestros, que nos acompañaron tanto tiempo.

### 2

Fueron diecisiete días que estuve yendo y viniendo del departamento de mi hermana al hospital Santa Isabel. Era una habitación muy confortable, con un gran ventanal que daba sobre la plaza Irlanda.

Su estado era una calamidad. No comía, las defensas habían descendido tanto que

le salieron hongos en la boca y se propagaron a la garganta. No podía tragar.

De repente me preguntó:

—¿Tenés algo bueno para decirme?

Y me vi envuelta en una situación completamente inesperada. Solas, frente a frente.

Con lágrimas en los ojos, a punto de llorar también por mí, por las dos, por nuestra flaca relación, atiné a balbucear:

—Lamentablemente no tengo algo bueno para decirte.

Ella volvió a cerrar los ojos como lo hacía todo el tiempo que duró su internación.

En sus últimos días, cada vez más.

Y eso fue todo. Su pregunta me llevó a pensar que ella podría estar intentando decirme algo ¿qué?

## Canción para levantarse

Su madre venía de visita cada dos o tres meses. Se quedaba unos días, no más de cuatro. Al llegar, ya anunciaba cuando regresaría a su ciudad.

A la mañana, cuando sentía el olor a tostadas y a café recién hecho, se levantaba cantando: “Vamos al baile y verás que bonito como se bailan las danzas modernas”.

Ellos, su yerno y su hija, se reían de ese canto enigmático. Si pudieran verla ahora

le preguntarían cómo conoció esa letra, a quién se la escuchó por primera vez, qué recuerdos tenía.

La actitud de cantar esta estrofa era parte de su forma de ser, su marca en el orillo.

También los nietos, a veces, repetían esos versos con la música un tanto insulsa con que ella los cantaba.

Empezaba el día en la casa de su hija con esta canción y luego sus ojitos vivaces se dirigían a observar a los demás con una leve sonrisa de niña.

Como primera intención era estimulante recibir el día cantando pero, después de una hora, ya preguntaba: “¿Ahora, qué hacemos?”. Entonces, había que crearle un plan de acción y, más conforme, se ofrecía para colaborar en lo que fuese.

En la casa de esta hija no le permitían que organizara qué iban a comer, ni las salidas, ni las invitaciones a parientes sin consultar. Tampoco salían a dar vueltas en auto. Todo esto y más, sucedía en la casa de la otra hija. Por eso se aburría en esta casa y no en aquella.

Llegaba contenta y se iba, también contenta.

## II

### Hombre de bien

Recordar para escribir es una tarea complicada. Lo que trae el pasado cambia con los sucesivos relatos que agregan o quitan tal o cual cosa.

¡Ah! un recuerdo es tan voluble, tiene tantas versiones como personas. Lo que a uno le parece que fue así, otro lo recuerda así.

Pocas veces, un estímulo fuerte ligado a un olor, un sabor quemado, un sonido hace que irrumpa un recuerdo menos pulido por los años.

Lo que se cuenta es una selección antojadiza, recortada, aunque también, necesaria. Encarna en la frase.

La fidelidad es solo con una, la que escribe para recordar. En este trabajo de búsqueda, de las escuálidas respuestas brotan preguntas y más preguntas. El misterio sigue, no se deja tocar.

## Secretos

El señor abogado, casi setenta años, había matado de tres tiros a su demandado por un juicio laboral.

La pelea había sido en el juzgado, a la vista de varias personas.

Los secretos de familia son inexpugnables, muy guardados se diluyen.

Muchos años después, enterada del hecho, la nieta intentó averiguar el motivo y cuál había sido la condena de la justicia.

Fue a ver a una persona de la que no obtuvo mucho pero sí un dato importante: el

día, el mes y el año. Escribió una carta a su madre con preguntas. Habló con una solterona de noventa años, lúcida. Con un conocido fotógrafo del pueblo que no solo no aportó nada sino que trabó la investigación en una abrupta conexión con el cerrojo.

Su madre no contestó la carta. Su tía tuvo noticia inmediata de la visita al fotógrafo. La autoridad se presentaba con la mordaza en la mano.

Por último la nieta visitó a una amiga de la familia, quien se refugió en la versión escueta del periódico pero agregó, concluyente: “Tu abuelo era un hombre de bien. Estoy segura que lo hizo en defensa propia. Tenía mucho prestigio”.

Desde entonces ella intenta llenar huecos insondables en los insomnios donde cotidianamente amanece.

Huecos que no hay quien pueda medir. De noche, en soledad, las sombras parecen más grandes, las cosas a resolver, más difíciles.



## Un viaje breve

Es cierto que no hizo ese viaje a Bahía Blanca solo por eso— para interrogar a su madre, a su tío—, pero es cierto también, que llevaba en el fondo de la valija un pequeño grabador de reportero que había pedido prestado y sus apuntes, el recorte del periódico que se refería al hecho y borradores. No hubo oportunidad de averiguar nada. Su madre jugó al pocker casi todas las tardes de los pocos días que estuvo y su tío estaba muy engripado, además de tener los dos más de ochenta años.

De nuevo en su pueblo, no se olvidó del tema; le preguntó a su primo qué sabía acerca de que el abuelo había matado a otro en el juzgado. El primo dijo que era un hombre con agallas, con los huevos bien puestos, dijo que el abuelo había sido ofendido por la víctima quien lo había tratado de cornudo haciendo un juego de palabras con su nombre, Cornelio. El proceder le parecía digno, y hasta corriente para la época. Habló con admiración luego de sesenta años de esa muerte.

Está claro, pensó ella. El no podía sustraerse de la versión que había escuchado de su madre. ¿Cómo ponerla en duda? ¿Para incomodar a quién?

Aunque no está tan claro, siguió pensando. Ella no quería quedarse con una simple explicación del contexto social. ¿Era común, más que hoy, que hubiera armas en el portafolio de un abogado?

¿La muerte puede venir disfrazada?

## La señorita

Ella llamó por teléfono anunciando su deseo de hablar por un asunto de mucho tiempo atrás, mejor personalmente, pero la curiosidad de la Señorita que tenía noventa años y vivía sola, logró arrebatarse el motivo.

— ¿Qué quieres saber?—le dijo y agregó que necesitaría dos días para hacer algunas consultas y que luego, sí, la recibiría en su casa. A las dos horas sonó el teléfono, la Señorita dijo:

—Ya está. Lo que tengo para contarte es breve. Te espero esta tarde.

¡Qué manejo de la información de lo ocurrido sesenta años atrás!, pensó ella al terminar la conversación.

La Señorita dijo que había habido un juicio laboral por trabajos realizados en un negocio de forrajes que no habrían sido pagados.

Contó la Señorita que el dueño se llamaba Iñaqui y era alto, joven, grandote, de ojos celestes. Tenía un negocio de venta de forrajes, papas, etc. El mismo cargaba las bolsas. El local estaba en una calle paralela a la principal.

Del demandante en la causa laboral, contó que se llamaba Pedro. Iba al negocio de forrajes y tomaba mate con Iñaqui, según un testimonio que había escuchado.

Pedro iba y le ayudaba, según otro testimonio. Y se hicieron amigos.

La enorme Señorita, de voz fuerte, palabras precisas, fue desgranando lo que sabía o quería decir como quien entrega las primeras cuentas para un collar al que siempre le faltaría el broche de cierre.

¿Pedro le ayudaba o trabajaba por una retribución? No pudo registrar a cuál de los dos testimonios pertenecía la versión de la amistad debido a la velocidad parlanchina de la Señorita, quien tampoco reveló el nombre de los informantes.

Y qué más, qué más, el corazón se apuraba agitado por una revelación que no llegaba. ¿Tenía razón Pedro cuando reclamaba el pago por sus trabajos? El asunto parece menor pero las consecuencias, desmesuradas.

Al referirse al hecho la Señorita siguió contando que, durante la audiencia, Iñiqui le pegó una trompada al abogado de Pedro. Y este abogado como bien sabían era el Dr. Casas, *tu abuelo*. Iñiqui lo tiró al suelo por lo que suponía la Señorita que Casas habría argumentado que por eso sacó el arma y disparó en defensa propia. Después de esto permaneció dos días preso en la Comisaría de Patagones. Y quince días en el hospital de Bahía Blanca. La nieta comprobó más tarde que su abuelo estuvo “preso” en el hospital de Bahía Blanca durante un año. Coincidió que cumplió la edad de setenta, fue sobreseído y dejado en libertad. Sin tener la pretensión de juzgar el hecho, sin embargo le vino a la mente una cita de Jorge Luis Borges: “El arreglo siempre aparece en un despacho alfombrado o sin alfombra”.

El abogado era ateo y la Señorita, casi monja, a la iglesia todos los días, curera. La nieta se alejó asociando.

Y vivió con asombro como terminaba esta charla sin lograr que el relato escuchado calmara su ansiedad o abriera nuevas fuentes de datos. Se despidió de la Señorita y ésta ni siquiera le hizo la pregunta de por qué quería averiguar detalles de un hecho ocurrido hacía sesenta años. Ella tenía presente que esta mujer era una de las chismosas del pueblo junto con dos amigas, solteronas y muy católicas las

tres. Por eso le pareció extraña la falta de locuacidad de su entrevistada.

Los datos de la Señorita eran escasos. ¿Qué relación había entre estos dos hombres jóvenes, Iñaqui y Pedro? ¿Qué se habrían contado de sus vidas mientras tomaban mate? Si había una deuda ¿era importante?

Hubiera querido saber mucho más de Pedro y su patrón ¿o amigo? para poder explicarse la pelea que se produjo en el juzgado, que terminó involucrando al abogado en el hecho fatal.

## Pichina

Unos días después de encontrarse con la más longeva y chismosa del pueblo, fue a ver a una señora que había sido amiga de su madre.

Pichina dejó que ella, la nieta, contara los hechos, incluidos los del periódico de aquellos años.

Era una mujer de ochenta que trataba al mundo con amabilidad, imponiendo su criterio aún cuando camuflara sus discursos o inventara. Este proceder era un don generacional que sobresalía en ella, al igual que su astucia.

Era evidente que no sabía más de la historia en el juzgado que lo que le contó la nieta.

Dijo: “Tu abuelo era un hombre de bien. Estoy segura que lo hizo en defensa propia. Tenía prestigio y siguió teniéndolo. A los dos días del hecho fui con mi

madre a visitar a tu abuela. Nos recibió muy arreglada, como siempre, sin perder la compostura, muy entera. Supusimos que él la habría aleccionado”.

Y siguió: “El doctor era un señor que al verse trompeado por un mocoso se sintió tan humillado que en un arrebato le pegó un tiro. Muy respetado, una persona de bien, correctísimo”.

¡Estas palabras las repitió dos o tres veces!

La nieta quería un poco de comprensión, de aire. Solo logró esas frases. Y pensaba mientras la escuchaba: ¿Lo único que tiene para decir es eso? ¿Es lógico para esta señora que por recibir unos empujones y unas trompadas haya que sacar un arma y matar en defensa propia?

Salió de la casa y pensó en el laberinto que conduce, inevitable, al punto de partida.

## Un arrebato, una encerrona

Una injusticia por trabajo no pagado, menor, una entre miles.

Su abuelo, un abogado a punto de jubilarse, que actuaba como defensor oficial, chocó con la arbitrariedad del pequeño poder de un Juez de Paz de pueblo que se puso de parte del dueño de la casa de forrajes. Una discusión que terminó en agresión física. El dueño del negocio, el acusado de no pagar trabajos, que lo

empuja y le pega. Otras personas que le pegan cuando está en el suelo. Una encerrona y luego el arrebató, imperdonable, que lleva a su abuelo a sacar el arma. Según contaba la había recibido de la madre cuando se fue de la casa a los catorce años, en 1890. Era el mayor de una familia con nueve hijos: tres varones y seis mujeres. Esa noche sus hermanos menores ya dormían, y su madre, al ver luz en el cuarto, abrió la puerta con suavidad y se puso a su lado, sin decir una palabra. El preparaba un envoltorio, un mono, especie de mochila donde ponía algunas ropas. También sin hablar, su madre salió y volvió enseguida. Extendió el brazo y le ofreció la Smith Wesson calibre 38. Mirándolo a los ojos, la colocó en sus manos, luego lo abrazó muy fuerte. Cerró la puerta con la misma levedad con que había entrado.

Dijo en su declaración en el juicio: “Hice uso del arma que llevaba conmigo, como de costumbre, desde hace más de cincuenta y cuatro años”.

El arma lo acompañó hasta el final de sus días.

Y también llevaba unas ideas libertarias que lo ponían del lado del más débil.

## El álbum

La casa de fotografía era diferente a cualquier otra por dos cosas. Una, el zorrino que dormía hecho un ovillo en una estantería disfrutando del sol; la otra, un álbum de fotos sobre el mostrador para la curiosidad de los clientes, con fotos sociales,

también postales del río, las lanchas, la estación, todas de muchos años atrás. El dueño había armado esta colección.

Mirando estas fotos a ella le llamaron la atención unos señores vestidos de negro, con botas altas; al lado, señoras con sombreros también negros y otros señores de pie, en semicírculo, de cara a los que estaban sentados escuchando. En el fondo símbolos y banderas:

—Un local fascista en un pueblo tan pequeño y tan lejos de Italia —se le escapó.

—Sí—dijo el dueño del negocio. Esta foto es de 1940 y los que están son...

Y los nombró, todos apellidos italianos conocidos en el pueblo.

—También había comunistas — continuó el dueño— a los que vuelta a vuelta llevaban presos por dos o tres días.

Éstos sin fotos en el álbum, pensó ella.

Entre ellos estaba Ángel, el amigo de su abuelo mencionado en muchas oportunidades en la casa, en reuniones familiares. Pero nunca se referían a su militancia en esos años en un pueblo donde sabían todo de todos. Su abuelo era abogado, lo defendía y lograba sacarlo de la cárcel cuando lo apresaban por propagar ideas de izquierda.

En los años cuarenta, este pueblo, visto a la distancia, se parecía a una maqueta de lo que sucedía en Europa y que el álbum reproducía. Fascistas, anarquistas y comunistas. Luego vino una síntesis que barajó y dio de nuevo: el peronismo.

El fotógrafo, además de no darle ningún dato sobre la muerte en el juzgado, dijo que podía preguntarle a un amigo.

—Justamente la persona menos indicada —dijo la nieta— porque es también amigo de mi tía mayor e irá a contarle.

Volvió a su casa y tuvo la sorpresa. Al mediodía de esa misma mañana la llamó su tía para recriminarle, con palabras fuertes, que estuviera investigando ese hecho del que no se debía hablar.

## Familia amiga

Cuando la nieta preguntó el porqué de las mudanzas, nadie respondió.

Libertad, una de las hijas de la familia Casas, fue enviada por su padre a Carmen de Patagones un pueblo sobre la margen norte del Río Negro. Pasó unos días del verano de 1937 en la casa de Ángel, el amigo de su abuelo y envió una carta desde allí que ayudó a definir esta mudanza.

Pero ¿las anteriores?

La nieta creía que una hija de esta familia podía darle una explicación.

Eran tres las hijas de Ángel: Vida, Alborada y Luz.

Por fin, después de jugar al diletante bastante tiempo, la nieta se decidió y fue a ver a Luz, la única sobreviviente.

Esta mujer de más de ochenta años, amable y sola, vivía en una casa antigua. La nieta percibió la soledad en los objetos que a diario nadie toca salvo para sacarles el polvo, esa soledad de juegos de comedor (tenía tres lugares con mesas y sillas para más de diez personas), de sillas cotidianamente vacías, inútiles, suplicantes, esa soledad que ella podía imaginar abruptamente interrumpida, cada tanto, por la



llegada del hijo, la nuera, los nietos, ya grandes que lo llenaban todo, lo usaban, lo desordenaban por unas horas, y que después volvía, como una fatalidad, un halo, a la casa antigua de muchas dependencias y habitaciones, una quietud de horas eternas.

Luz dijo no tener memoria aunque mientras avanzaba la siesta, en esa tarde de invierno, fue soltando algunos recuerdos.

¿Cuándo, cómo, dónde se conocieron mi abuelo y tu papá?

Antes de que tu abuelo se casara, no se si en Bahía Blanca o más al norte, dijo.

Cuando venían visitas a los niños no los dejaban escuchar las conversaciones de los grandes y ¡guay! de poner el oído detrás de la puerta. Por eso no sabía de qué hablaban el Dr. Casas y su padre. La nieta del Dr. Casas no le creyó.

El doctor como Luz lo nombraba, venía muy seguido a comer a su casa, y en ocasiones, la tomaba del brazo y la invitaba a dar una vuelta por el centro del pueblo.

La nieta recordó en ese momento a su abuelo comiendo humita en chala, loco.

Luz dijo que por lo menos dos veces en que su padre, Ángel, fue preso por razones políticas relacionadas a hechos como golpes de estado o intentos, cuando de rutina lo venían a buscar, había sido liberado por las gestiones de su amigo.

Pensó que, aunque a Luz le costaba hablar de esa característica de la personalidad de su padre estaba haciéndolo. Era su relato, de algún modo, fluía. En cambio nunca escuchó de labios de su madre, o de sus tías o tíos ningún comentario referido a las actividades y convicciones políticas de su abuelo.

Las preferencias políticas, el comportamiento de su abuelo y su relación con las mudanzas era lo que la nieta deseaba saber.

Y los libros que tenía su padre, siguió contando Luz, sin aclarar qué tipo de libros, se los había llevado la policía, que también allanaba la casa, cada vez.

El anticlericalismo y el ateísmo parecía natural. Luz miró un cuadro pequeño de la virgen que había sobre un mueble y contó que una amiga le enseñaba el catecismo, y que ella le rezaba a una pequeña virgencita a escondidas.

¿Era difícil en esa época y en un pueblo tan chico no pertenecer a una familia católica?

Sí, lo era, a ella le decían “judía” cuando en concreto no era nada.

Así, lo que Luz estaba contando alejaba un poco a la nieta de lo que había venido a buscar pero no le molestaba, al contrario.

Cuando los conservadores estaban en el poder, Don Ángel estaba en la oposición, cuando lo radicales también, y lo mismo cuando llegó el peronismo, conclusión un tanto obvia a la que llegaron juntas.

En las horas en las que dialogaron, ya al finalizar, Luz una sola vez pronunció la palabra anarquista.

Fue en un momento en que la mujer se quedó callada y la nieta sintió que debía decir algo:

“La familia Casas no poseía auto, ni casa propia, nunca”, acotó y Luz agregó: “mi padre tampoco, los anarquistas no querían propiedades pero el Dr. Casas podría haberlas tenido porque trabajaba mucho, le iba bien, era muy respetado, conversaba con todo el mundo. Por mis recuerdos me parece que su familia debía ser rica, les enviaron muebles desde Córdoba, eran unas sillas forradas en cuero de vaca, con los apoyabrazos muy suaves”.

—Nunca vi esos muebles, los habrán perdido en alguna mudanza —dijo la nieta.

Y allí le contó brevemente que había heredado unos pocos muebles sin valor. Y terminó contando que sus abuelos y Clarisa, mapuche que trabajaba en la casa, habían sido como padres y abuelos reemplazando a su madre un tanto inmadura y se emocionó.

La entrevista se había trastocado, ahora era la nieta la que estaba contando.

La vida de esta familia de mudanza en mudanza, de una provincia a otra, tiene una explicación, o más de una. La nieta cree, después de buscar y preguntar, que estos cambios responden a macanas, como le escuchó decir a sus hijos, que hizo Casas y que lo obligaron a migrar.

No tenía dificultad para conseguir trabajo según una vez le habían contado. Las relaciones sociales y políticas de la familia le conseguían una recomendación firmada por un importante funcionario cada vez que lo pedía.

A lo largo de su vida, la nieta había escuchado a las hijas mujeres y a alguno de los varones que se quejaban de las mudanzas, de no haber tenido casa propia, auto, nivel económico más alto, estudios universitarios. Los hijos, en su egoísmo de hijos, reclaman lo que no tuvieron.

## La de clase alta

Su tía era carácter, lo de afuera, lo que se veía. “La princesa” la había apodado Clarisa Namuncura, que había servido muchos años en la familia y puesto certeros sobrenombres.

Su tía era la segunda de las hijas del Dr. Casas y se manifestaba naturalmente como de clase alta. Perfeccionista, irónica hasta herir.

En los años sesenta vestía igual a Jacqueline Bouvier de Kennedy, salvo cuando Jacque vestía de gala. Sin adornos, su ropa lucía una calidad simple. También en su cocina todo era orden y electrodomésticos importados que nadie en su entorno tenía. El servicio de mucama lo elegía, primero, por la apariencia física —nunca tuvo una mucama gorda, chueca, a la que le faltara un diente, con várices, con el pelo desaliñado en su moderna casa estilo americano— y, segundo, por la prolijidad que ella supervisaba hasta que las mujeres se hartaban. El trapo de piso debía enjuagarse hasta que el agua se pudiera tomar, decía.

Pero no era el “el american way of life” lo que copiaban ella y su marido, sí su confort.

Trataban a los hijos con el modo europeo, rígido y frío, de a cenar temprano sin los padres y a la cama, mientras el matrimonio no se iba a dormir hasta las doce de la noche. Él escuchaba Carmina Burana, la tía tejía un pullover perfecto. El volumen del aparato de sonido hacía vibrar los vidrios y era difícil dormirse hasta que lo

apagaran.

Algunas veces su prima le insistió para que se quedara y se quedó, aunque mucho no le gustaba. A las ocho le daban de cena, unos fideos muy finos, con un fondo de caldo, sin sal y mucho queso cremoso. No los podía tragar. Y hasta las doce de la noche la tortura de la música a todo volumen.

Cuando el marido estaba trabajando y los hijos en la escuela, después de algunas tareas en la casa, a las diez de la mañana su tía salía a dar una vuelta por los negocios de ropa, a revolver y mirar, muchas veces sin comprar. En París mirar vidrieras sin comprar se dice “lamer las vidrieras”. Igual hacía la princesa.

En Gath y Chaves todos los empleados la conocían y un poco le temían por su forma de pedir, de examinar la prenda, de hacer llamar al gerente. Luego, pasaba por el café, allí se encontraba con amigas.

En el “Sorocabana”, en el elitista la Sportiva, en el club de Golf Palihue o en algún té-canasta-beneficio conoció a una señora, esposa de un arquitecto, Elenita. Elena de las Casas de...Hablaron de la prosapia de ambas y el posible parentesco. Se decía en la familia que el apellido venía de Fray Bartolomé de las Casas, nada menos que quinientos años atrás. Luego algún de las Casas lo abrevió y quedó Casas en esta rama.

Era mucho más lo desconocido que lo sabido en la historia de su familia, pero la sobrina pensaba que su tía poseía, más que nada por intuición, una aristocrática autoridad que, por otra parte, solo podía practicar con sus parientes. Esta autoridad provocaba, cada tanto, conflictos con algunos hermanos que se sentían más cercanos a la casa abierta y a compartir el plato de comida con todos. Éste y no otro, creía la sobrina, era el ejemplo que habían recibido. ¿O el paternalismo

libertario, generoso de Casas padre escondía una contradicción que a ella se le escapaba? Y la esposa ¿qué influencia había tenido sobre esta hija?

Años después, un invierno, la sobrina tuvo en su mesa de luz las obras completas de Jorge Luis Borges. En la lectura encontró, sorprendida, lo que sigue:

“En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas. A esa curiosa variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los *blues* de Handy, el éxito logrado en París por el pintor oriental D. Pedro Figari, la buena prosa cimarrona del también oriental D. Vicente Rossi...”

¡Qué ingenioso desparpajo erudito para sesgar la historia y la sangre de millones!, pensó.

Lo citado en el párrafo de Borges no lo encontró en las enciclopedias y diccionarios a su alcance. Ni sabe qué habrá pasado en aquellas minas, pero sí entiende desde cuándo se practica la soberbia explotadora sobre aborígenes americanos y africanos. También sabe que Bartolomé de las Casas pasó a la historia con prestigio por su defensa de los americanos.

Que se manifestara de parte de los genocidas, hubiera sido lo normal perteneciendo al poder de la Iglesia Católica pero en este curioso caso fue distinto. Sea como sea de donde vienen los genes y el color de la piel, lo que pasa de generación en generación, como un legado que atraviesa los siglos, es el autoritarismo y el poder de la discriminación.

La tía, que tenía el inefable nombre de Libertad, le dijo a su sobrina una de esas noches en que se quedó, cuando se oían los agudos de María Calas y su prima dormía: “no sabés que hay que sacarse la camiseta para dormir” y su tono metálico, autoritario la dejó así, en esa incertidumbre de que algo estaba mal, justo antes de apagar la luz.

## La herencia

Casas se murió y no dejó fortuna ni propiedades. Algunas cosas se las llevó el nieto mayor. Una caja fuerte, el diploma de abogado, el arma que tuvo toda la vida. Unos prismáticos con los que espiaba a los vecinos.

Ya jubilado se sentaba en la vereda o en el porche a tomar el fresco. A veces dormitaba con las dos manos, una sobre otra, apoyadas en el bastón. Si alguien está sentado, una mano sobre el bastón, ¿qué hace con la otra?

Desde ese lugar seguía el vuelo de los pájaros, parado y haciendo visera con una de las dos manos que antes estaban en el bastón, los perdía en el inmenso cielo.

Algunos perros recibían sus caricias, otros un bastonazo según su humor de vientos caprichosos.

Se dirigía a los que pasaban: jóvenes señoras, vecinas mayores, chicos.

Tomándoles una mano, depositaba un caramelo en el hueco de la palma. Era un hombre de ochenta o más años y el tiempo le sobraba. El almacenero que traía el

pedido no podía irse sin compartir con él un vermouth con ingredientes. Nadie se atrevía a rechazarlo firmemente porque se ofendía con decisión dramática, era un aficionado al teatro en la vida cotidiana. En cualquier situación lanzaba una parrafada del Dante en italiano o versos de Federico García Lorca y Almafuerte, poetas tan justos para su puesta en escena, para capturar al impávido, ocasional espectador, con su divismo del 1900.

Podría haber trabajado como un conversador profesional de sobremesa.

La nieta se sorprendía de las palabras, dichos y refranes, así como de la facilidad para recitar al Dante que tenían los de esa generación de privilegiados que se educaron en colegios secundarios de elite y en universidades a principios de 1900. Era como si su generación, la que se educó en 1960 ó 70, recitara a Borges de memoria.

Su voz diciendo morrocotudo y también “ni Borlenghi”, después de una buena comida aludiendo a un ministro de la Provincia de Buenos Aires de la primera presidencia de Perón, que según él comía de lo mejor.

El “bufoso”, llamaba a un revólver que dejó como parte de su herencia. La caja fuerte donde guardaba este revólver, además del dinero de la jubilación y otros papeles, era un mueble angosto, dividido en dos, en cuya parte alta tenía una puerta con una combinación y una llave. Casas, cada vez que la abría, se daba vuelta para cerciorarse de que no lo observaban, lo mismo hacía cuando sacaba la billetera del bolsillo. ¿Quiénes lo observaban? su esposa, Paz y Clarisa. Mostraba su poder, raquíico poder, sobre dos mujeres que lo admiraban.

El más simple de los seres humanos se pone a veces, esotérico y misterioso.

El viejo siempre colgó doce cuadros con reproducciones de la epopeya de Martín



Fierro en los pasillos de las tantas casas que alquiló. Hacía un culto de esta obra literaria y también la recitaba de memoria.

La nieta recuerda ese pasillo en la casa de la última mudanza y también en la anterior. Las imágenes eran muy reales, sobre todo el cuadro de la cautiva, la blusa desgarrada, en el suelo de la pampa, con su hijo pequeño. Parado, un indio que la azota con un rebenque. Al costado del niño, un cuchillo. Cuando era chica trataba de no detenerse a mirar esa escena y pasaba rápido.

Todos los familiares veían esta galería como una excentricidad del viejo. Los cuadros fueron a parar a una chacra, desaparecieron porque nadie los quiso.

Cuando ya era jubilado quería mucho sus herramientas de carpintero tal vez porque su trabajo había estado relacionado con papeles, escritorios, códigos. ¿Y sus manos? ¿Qué habían hecho de la nada? Con esas herramientas, en un galpón al fondo trataba de arreglar o fabricar algo pero siempre se martillaba algún dedo, y ahí tenía la ocasión para maldecir: a la Iglesia Católica, a los santos, a los curas.

Un regodeo que lo extendía, interminable, a la virgen, Jesucristo y Dios sin olvidarse ninguno.

Se podría decir que se golpeaba sólo para poder maldecir a sus anchas. Su esposa, como en un juego entre ellos, trataba de apaciguarlo. Escandalizada, decía: ¡Viejo! Y él con un brillo infantil en los ojos, comenzaba nuevamente.

A la nieta le habían contado que cuando nació ella el abuelo dijo: “De dos piedras brotó una chispa”. Muchos años después encontró el proverbio maorí que dice: “De a dos las piedras nace la chispa”. Es casi seguro que el viejo citara correctamente pero que llegara deformado.

Ella no recibió ningún objeto de valor. Solo esa herencia y desde entonces se

pregunta qué luz puede dar una chispa que solo brilla, por menos de un segundo, y en la oscuridad.

Agradezco a Yolanda Ilda Garrafa, María Inés Cantera,  
Graciela del Carmen Casas, Amancay Casas, Claudia Prado, Museo del Puerto de  
Ing.White.

## Indice

I Jardines salvajes

II Hombre de bien